

Saqueo

El arte de robar arte

SHARON WAXMAN



Las obras de arte antiguo de los grandes museos del mundo tienen una historia que se cuenta y otra que se oculta. Sharon Waxman ha investigado esta última: la historia de cómo fueron saqueadas de sus países de origen. Una historia turbia de expolio, sobornos, tráfico, subastas y, en numerosas ocasiones, daño o destrucción.

La autora realiza un apasionante recorrido por los principales museos occidentales (el Louvre, el British Museum, el Metropolitan de Nueva York...), y por los lugares de procedencia de las antigüedades (Egipto, Turquía, Grecia, Italia...), evocando los episodios del pasado y analizando las demandas actuales de devolución de las piezas por parte de estos países. Todo ello, con el trasfondo de las motivaciones humanas de la ambición, el afán de notoriedad, el deseo de posesión y el amor a la belleza.

INDICE

Introducción

Primera parte: Faraones y emperadores

- I. El gran Zahi
- II. El hallazgo de Roseta
- III. El Louvre
- IV. Dendera
- V. Historia de dos ciudades

Segunda parte: Ladrones de tumbas en la Quinta Avenida

- VI. En busca del Tesoro Lidio
- VII. escándalo del hipocampo
- VIII. El Met

Tercera parte: El legado de lord Elgin

- IX. El British Museum
- X. Una tragedia griega
- XI. Intransigentes

Cuarta parte: Justicia implacable

- XII. Venganza en Roma
- XIII. Las tribulaciones de Marion True
- XIV. El Getty Museum
- XV. Repatriaciones

Conclusión

Índice de ilustraciones

Notas

Bibliografía escogida

Agradecimientos

Para Art Buchwald, Sparky Schulz, Joan
Goodman
y William Paris, mentores a quienes echo mucho
de menos.

Contemplé las balsas, hasta que desaparecieron tras un saliente de la ribera en un tramo distante del río. No pude evitar reflexionar sobre el extraño destino de sus cargamentos; que, tras haber adornado los palacios de los reyes asirios y haber sido objeto del asombro, y tal vez de la adoración, de miles de personas, permanecieron enterrados e ignorados durante siglos bajo un suelo que pisaron los persas de Ciro, los griegos de Alejandro y los árabes de los primeros sucesores de su profeta. Ahora visitarán la India, cruzarán los mares más remotos del hemisferio sur, y finalmente serán colocados en el British Museum. ¿Quién puede aventurarse a predecir cómo terminará su extraña carrera?

El arqueólogo Austen Henry LAYARD, al enviar a Inglaterra en 1849 un toro y un león alados y gigantescos del palacio asirio cerca de Mosul, en el actual Irak.

INTRODUCCIÓN

Lo de Zahi Hawass fue lanzar una bomba sobre los planes cuidadosamente diseñados de otra persona. Un día soleado y ventoso de junio de 2006, docenas de reporteros y periodistas, cámaras y micrófonos aguardaban en el Field Museum de Chicago una noticia que no podía ser menos controvertida: la inauguración de una exposición de los tesoros del rey Tutankamón, que Egipto no prestaba desde 1977.

Hawass, el carismático secretario general del Consejo Supremo de Antigüedades (CSA) de Egipto, sentado en la primera fila, se preparaba para una pelea. A medida que escuchaba las palabras de Randy Mehrberg, portavoz de la empresa que patrocinaba la exposición —la multimillonaria compañía eléctrica Exelon—, el disgusto de Hawass iba en aumento. Mehrberg, al ensalzar las maravillas del antiguo Egipto, mencionó que John Rowe, el presidente ejecutivo de Exelon, era un ferviente egipciófilo y que tenía en su oficina el sarcófago de una momia. Hawass, vestido pulcramente con traje y corbata, no perdió un segundo. Caminó hasta el estrado y se fue directo a la yugular. “Nadie tiene derecho a poseer un objeto como ese en su oficina ni en su casa”, declaró indignado; con lo que dio una buena patada en el estómago al benefactor de la exposición y dejó helados a los funcionarios del museo. “¿Cómo puede patrocinar una exposición como la del rey Tut y a la vez tener un objeto así en su oficina?”. Rowe debería entregar el sarcófago a un museo, dijo Hawass, o enviarlo de regreso a Egipto. De no hacerlo, habría consecuencias.

¿Qué tipo de consecuencias? Hawass tenía muchas en mente. No importaba que el sarcófago —un ataúd de madera de dos mil doscientos años de antigüedad con motivos y jeroglíficos pintados— fuese propiedad privada de Rowe. No importaba que se lo hubiese comprado legalmente a un comerciante acreditado. No importaba que Rowe dirigiese una de las mayores empresas de servicios públicos del país, ni que hubiese sido uno de los principales donantes del presidente George W. Bush, con quien se hallaba recorriendo centrales eléctricas el día de la rueda de prensa en el museo. Nada de eso importaba en este caso. Durante los dos días siguientes, Hawass comenzó a presionar; amenazó con retirarse de la exposición y advirtió que si Rowe no renunciaba al sarcófago o retiraba el patrocinio de Exelon, Egipto rompería las relaciones con el museo y sus socios.

Dentro del museo cundió el pánico. La exposición estaba a punto de abrir sus puertas a un público de aproximadamente un millón de visitantes y la noticia ya había llegado a la primera página del *Chicago Tribune*. Hacia el final del segundo día, John Rowe reaccionó. Accedió a prestar por tiempo indefinido la pieza; un objeto de valor medio, que realmente no estaba a la altura de las salas del Field Museum. Casi se pudo oír el suspiro de alivio de los administradores del museo: "Ha sido una solución muy, muy feliz para todo el mundo", dijo una portavoz. "Estamos muy complacidos". Un funcionario de Exelon añadió: "John adora el Field Museum y se alegra de compartir la pieza". Finalmente Hawass se aplacó y durante la cena, en la noche de la inauguración, era todo encanto y sonrisas. "Mr. Rowe ha sido muy gentil al aceptar que el ataúd sea entregado al Field Museum", dijo. "Eso pondrá fin al proceso y permitirá que todos hagamos las paces".

¿Hacer las paces? ¿Compartir? Qué bonito. Nos es precisamente paz y generosidad lo que flota en el ambiente de los museos hoy en día, ni tampoco en los países que

dieron origen a las grandes civilizaciones del “mundo” antiguo. Por el contrario, ha habido demandas judiciales y procesos penales, situaciones bochornosas y amenazas implacables. En los últimos tiempos, se ha venido librando una especie de tira y afloja en torno a la posesión de objetos antiguos que constituyen el patrimonio de la humanidad. Antigüedades y monumentos han sido arrancados del suelo y enviados al otro extremo del mundo durante los últimos doscientos años y muchas de estas piezas residen ahora en las inmensas colecciones de los grandes museos de Occidente. ¿Deberían quedarse donde están —en el Louvre, en el Met, en el British Museum, entre otros—, cuidadosamente expuestas y preservadas, accesibles para una ferviente multitud de visitantes de todo el mundo? ¿O deberían ser devueltas a sus países de origen, tal como clama, de forma cada vez más notoria, un coro de insatisfacción por todo el mundo antiguo?

En abril de 2007, Zahi Hawass anunció que Egipto pediría prestadas a distintos museos de Europa y Estados Unidos cinco piezas emblemáticas (aunque también ha dicho que pretende lograr su devolución permanente), entre ellas la piedra de Rosetta y el famoso busto de Nefertiti; sin embargo, no pierde ocasión de armar un buen jaleo a cuenta de piezas menores como la de John Rowe. De cara a la inauguración de un museo moderno al pie de la Acrópolis, el gobierno griego renovó su campaña por la devolución de los Mármoles de Elgin, las esculturas que el conde Elgin había retirado del Partenón en 1802 y que se conservan en el British Museum. Italia llevó a cabo una campaña incesante contra museos, tratantes y coleccionistas, a favor del retorno de objetos que, según afirma, fueron desenterrados ilegalmente y sacados de contrabando de su territorio. Esta campaña culminó con un proceso penal de dos años contra la conservadora estadounidense Marion True y con un acuerdo con el antiguo empleador de True, el J. Paul Getty

Museum, en agosto de 2007, para que se devolvieran cuarenta objetos de su colección permanente.

¿Es esto justicia histórica, un resarcimiento de los antiguos agravios de la era imperialista? ¿O es un ajuste de cuentas por parte de los líderes frustrados de las naciones menos poderosas? ¿Y por qué ahora, súbitamente, ha cobrado tanta fuerza este tema? La batalla por los tesoros de la antigüedad tiene como base un conflicto acerca de la identidad y al derecho de reclamar aquellos objetos que son sus símbolos tangibles. En una época en que Oriente y Occidente libran una batalla campal en torno a las ideas básicas sobre la identidad (libertador o invasor; terrorista o defensor de la libertad), las antigüedades se han vuelto un arma más en este choque de culturas y otra manifestación del abismo que las separa. Irónicamente, esto socava la misma razón de ser del intercambio cultural, que es el estrechamiento de los lazos y el aumento de la comprensión mutua.

En cierto sentido, la batalla por las antigüedades forma parte de un cambio de época. Hubo un tiempo en que estos objetos estaban vinculados a la identidad nacional de los imperios occidentales. Desde el siglo XVI en adelante, la cultura europea se convirtió en la fuerza dominante en el mundo, se expandió por continentes enteros, destruyó civilizaciones del pasado, y reclamó como suya la historia antigua. "Nunca antes una sola cultura se había extendido por todo el globo", escribe el historiador J. M. Roberts. Este cambio cultural fue un proceso en una sola dirección. "Los europeos salieron al mundo; este no vino a ellos", añadió. Con excepción de los turcos, ningún pueblo no europeo entró nunca en Europa. Y tras conquistar las culturas extranjeras, Europa se traía a casa los trofeos que le apetecían, además de los esclavos, las especias, los tesoros y las materias primas. La era imperial, que comenzó en el siglo XVIII, culminó con la apropiación de las culturas antiguas para

mayor gloria del poder europeo. En primer lugar, la historia clásica —la Grecia y la Roma antiguas— fue adoptada como símbolo de refinamiento y de buen gusto; sus monumentos eran buscados e imitados por los imperios que aspiraban a la supremacía. Más tarde, en los albores del siglo XIX y con el redescubrimiento del antiguo Egipto por Napoleón Bonaparte, las momias y las pirámides se convirtieron en los nuevos y obligados símbolos de estatus, y esta fascinación fomentó el auge de la investigación científica sobre el pasado. En las décadas siguientes, el descubrimiento de la antigua Mesopotamia y su miríada de civilizaciones supuso el acarreo de tesoros y monumentos hasta las salas de los museos, esos templos culturales de Occidente. En el siglo XX, las posesiones occidentales se fueron extendiendo hasta incluir tesoros de Asia, Latinoamérica y África.

Hoy en día, vivimos una era diferente. Mientras las naciones que fueron colonizadas trabajan por su autonomía, los países que alguna vez fueron despojados de su historia buscan reafirmar su identidad e independencia mediante aquellos objetos que los vinculan con su pasado. Las demandas de restitución son una forma de reivindicar la historia, de hacer valer un imperativo moral ante los que fueron sus opresores. Los países que continúan a la sombra de imperios más poderosos intentan recuperar los símbolos de la antigüedad y de la época colonial para dar brillo a su propia mitología nacional.

A quienes aman los museos, valoran la historia y les fascina la antigüedad estos argumentos pueden parecer extraños. ¿A quién le importan los mitos nacionales? ¿Qué hay de los objetos en sí mismos? ¿No pertenece el pasado a toda la humanidad? ¿No están los museos para exhibir los grandes logros del arte y de la civilización humana? Bueno, sí. Por supuesto.

Pero las políticas culturales cambian y los museos cambian con ellas. Actualmente, los museos tienen un conflicto ético sobre su razón de ser y su filosofía. Antes, los museos

occidentales podían argüir que su misión era impedir que los antiguos objetos fueran destruidos en sus pobres e inestables países de origen. En algunos casos —como Afganistán e Irak— esto sigue siendo cierto y los museos de Occidente continúan cumpliendo una función esencial como guardianes del pasado. Pero muchos países en vías de desarrollo, con civilizaciones antiguas bajo su suelo, consideran que están listos para tomar las medidas necesarias y hacerse cargo ellos mismos. Quizá sea hora de permitir que lo hagan, y de devolverles algunos de sus objetos, o todos.

Durante la mayor parte de los dos últimos siglos, el tema ha estado latente, oculto bajo el brillo de las exposiciones en los grandes santuarios culturales de Occidente y sin ser sometido al debate público. Yo me preguntaba muchas veces: ¿es solo el público lego e ignorante el que, cuando contempla el colosal busto de Ramsés II en el British Museum, se pregunta cómo fue a parar allí? ¿Es solo el visitante inculto el que, al mirar la altísima columna del templo de Artemisa en el Met, se pregunta por qué está allí? Cuando era estudiante, visité el soberbio Museo de Pérgamo en Berlín, con su altar de Zeus, y me maravillé de su belleza, al tiempo que me preguntaba cómo habría llegado allí una edificación entera procedente de Anatolia central, en Turquía. (Y asimismo, ¿cómo llegaron los obeliscos egipcios a las plazas del Vaticano y del centro de París?). Asombrosamente, los museos casi nunca ofrecen de buen grado esta información. Son verdaderos agujeros negros cuando se trata de arrojar luz sobre la historia decimonónica —y del siglo xx— de los objetos antiguos que albergan.

Sin embargo, la controversia en torno a los Mármoles de Elgin lleva casi doscientos años en la opinión pública, avivando las llamas del nacionalismo en ambos bandos. Las autoridades del British Museum han rechazado continua-

mente la petición de los sucesivos gobiernos griegos por una razón primordial: no quieren crear un precedente. Los administradores del British Museum temen que si este entrega los Mármoles de Elgin, los museos pronto se verán vaciados de sus antiguos tesoros. Este mismo temor llevó al museo a encubrir su propia negligencia en el cuidado de las esculturas durante la década de 1930. Este temor impera hoy en día en el mundo de los museos, cada vez con más razón.

El dilema moderno de la restitución surgió por primera vez en la década de 1970, cuando los arqueólogos, los periodistas con iniciativa y los funcionarios públicos se dieron cuenta de que el saqueo no era cosa del pasado. El auge en Occidente de un mercado para las antigüedades, tan vasto y variado que incluía esculturas de las Cícladas, estelas mayas, tallas de templos budistas y vasos griegos estaba fomentando la destrucción sin escrúpulos de yacimientos arqueológicos en lugares tan distantes entre sí como Guatemala, Costa Rica, Camboya, Grecia, Italia y Turquía. El apetito por la belleza antigua estaba destruyendo la historia, y los museos de Occidente, con su participación en la demanda de objetos, estaban contribuyendo a esta pérdida del conocimiento. En su famoso libro de 1973, *El saqueo del pasado*, el periodista Karl Meyer abordó la mayoría de las cuestiones y citó al menos unos cuantos casos, que continúan definiendo este problema en la actualidad: la connivencia entre museos y traficantes de antigüedades; la falta de exigencia de una procedencia legítima a la hora de adquirir obras de arte; la aceptación de procedencias sospechosas, que se lleva a cabo haciendo la vista gorda; la cadena de actores en el proceso de contrabando de antigüedades, desde los ladrones de tumbas, pasando por los intermediarios anónimos y los restauradores, hasta los traficantes que colaboran con las subastas, o que venden directamente a coleccionistas ricos; la ausencia de leyes internacionales claras que regulen todo esto.

Pero el mundo ha evolucionado a lo largo de las tres últimas décadas, y la conciencia pública se ha ido sensibilizando con respecto a las diferencias culturales de todo tipo, incluido el concepto de saqueo cultural. En 1970, la UNESCO —el organismo para la educación, la ciencia y la cultura de las Naciones Unidas— aprobó una resolución que prohibía la exportación y traslado ilegales del patrimonio cultural; muchos países la adoptaron para detener el contrabando de antigüedades. Estados Unidos se sumó a ella en 1983. La creciente cultura de lo “políticamente correcto” sirvió para despertar muchas conciencias en el mundo de la arqueología y los museos en relación con las peticiones de restitución, y algunas personas en estos círculos se afanaron por expiar los pecados de los siglos XIX y XX. Mientras tanto, la restitución del arte robado era un tema que iba adquiriendo relevancia. A finales de la década de 1980 y principios de la de 1990, los supervivientes del Holocausto y sus herederos se armaron de valor y exigieron la devolución de los cuadros y demás obras de arte que los nazis habían confiscado durante la Segunda Guerra Mundial. Algunas de aquellas pinturas habían ido a parar a museos nacionales de Austria, Francia, Holanda o Estados Unidos, o estaban en manos de coleccionistas privados que no tenían reparo en adquirir obras de procedencia sumamente dudosa. La propiedad de estas fue cuestionada con éxito en pleitos judiciales que recibieron una amplia cobertura en la prensa. Se retiraron los cuadros de las salas de los museos y se entregaron a los descendientes de los perseguidos, queriendo con ello brindarles un poco de justicia a las víctimas asesinadas. Los países que habían sido despojados de sus antigüedades tomaron nota.

Y por último, también la política mundial ha desempeñado un papel. Los cambios en el mundo tras la caída de las Torres Gemelas han contribuido al auge de la restitución como tema político candente. Oriente y Occidente están separados no solo por sus visiones del mundo, sino tam-

bién por sus perspectivas culturales. La división entre poderosos e impotentes se expresa tanto en la violencia de los atentados suicidas como en la tirantez del diálogo sobre los objetos bellos de la antigüedad. En las batallas por la restitución, se aprecia una reacción a la supremacía política y militar de Estados Unidos, así como restos de ira contra el colonialismo europeo. Asimismo, las reacciones de los países occidentales a menudo han sido de tal arrogancia que han servido para avivar las llamas del sentimiento de ultraje a la dignidad nacional.

Pero no hay respuestas fáciles. No está tan claro qué es lo justo y qué lo injusto, excepto en el caso del arte robado por los nazis. El contexto influye. Los detalles cuentan. Las líneas generales de la polémica terminan por distorsionar la situación en lugar de aclararla. Cabría preguntarse, por ejemplo: ¿es justo analizar con ojos modernos unos acontecimientos que datan de hace doscientos años? ¿Es correcto utilizar palabras como *robado* y *saqueado* para cosas que fueron tomadas cuando la arqueología se hallaba en su primera infancia y cuando los primeros exploradores hacían lo que creían mejor? El saqueo, después de todo, no comenzó hace doscientos años. Los ladrones de tumbas son casi tan antiguos como las tumbas de los propios faraones. Es en nuestra era moderna cuando la idea de "botines de guerra" ha cobrado una connotación negativa; alguna vez dichos botines fueron simplemente un resultado razonable de las hostilidades. Y ¿dónde deberían detenerse los interesados en nivelar la balanza de la justicia? Los antiguos romanos robaron obeliscos de Egipto y los escultores renacentistas los recubrieron de ornamentos. ¿Deberían ser desmantelados estos monumentos para devolver a Egipto los obeliscos? ¿Deberían devolverse a Constantinopla, de donde fueron tomados en 1204 durante la Cuarta Cruzada, los cuatro caballos de bronce del techo de la catedral de